

El Anti-industrialismo en España, 1870-1936

Tomás Martínez Vara
José Luis Ramos Gorostiza

Universidad Complutense de Madrid

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

Resumen: El anti-industrialismo supone la negación abstracta de la civilización industrial en su conjunto, normalmente a través de formulaciones poco sistemáticas desarrolladas fuera del ámbito de la economía. Con carácter general, ha tendido a unir el anti-maquiniismo a una concepción ruralista y anti-urbana y a una visión crítica de la competencia, a menudo mirando al pasado —especialmente a la Edad Media— en busca de modelos alternativos y desde una consideración preeminente de los aspectos morales. España, pese a experimentar un proceso industrializador más modesto que otros países, y por tanto asociado a cambios menos dramáticos, no fue una excepción en cuanto a la presencia de corrientes anti-industrialistas entre 1870 y 1936: por un lado, el catolicismo social; por otro, el anti-industrialismo *fin de siècle*, influido por la difusión de las ideas románticas de Ruskin y Morris; y finalmente, el naturismo libertario, en cuyos orígenes cabría situar al movimiento francés *naturien*.

Palabras clave: anti-industrialismo, España, historia del pensamiento económico, 1870-1936.

Abstract: Anti-industrialism implies the abstract negation of industrial civilization as a whole, usually through piecemeal formulations developed outside the scope of Economics. In general, it has tended to combine an anti-machinist, ruralist and anti-urban conception with a critical view of competition, often looking back —especially to the Middle Ages— in search of alternative models and from a pre-eminent consideration of the moral aspects. Spain, despite experiencing a more modest industrialization process than other countries, which therefore was associated with less dramatic changes, was not an exception as to the presence of anti-industrialists currents between 1870 and 1936: on one hand, Social Catholicism; on the other, the *fin de siècle* anti-industrialism, influenced by the spreading of the romantic ideas of Ruskin and Morris; and finally, the libertarian naturism, whose origins could be put to the French *naturien* movement.

Keywords: anti-industrialism; Spain, history of economic thought, 1870-1936.

Introducción *

El avance de la industrialización, con la progresiva difusión del sistema fabril mecanizado y sus nuevos modos de trabajo, el creciente proceso de urbanización, la extensión de los nuevos medios de comunicación, o la intensificación del desarrollo científico-técnico, trastocó completamente el mundo económico e indujo también profundas transformaciones sociales y culturales. Cambios de tal magnitud habían de despertar necesariamente reacciones encontradas, desde abiertos entusiasmos y euforias que veían en la industrialización la realización del ideal de progreso, hasta radicales rechazos —como el anti-industrialismo del movimiento romántico representado por Coleridge, Carlyle, Ruskin o Morris—, pasando por simples recelos o resistencias que se traducirían en actitudes reformistas.

De cualquier modo, debe distinguirse con claridad entre anti-industrialismo y anti-capitalismo. Marx fue un feroz crítico del sistema capitalista: pretendía la superación de dicho modo de producción «explotador», pero manteniendo sus logros en cuanto al desarrollo a gran escala y sin precedentes de las fuerzas productivas. En este sentido, reconocía el papel históricamente progresista del capitalismo industrial y censuraba como «reaccionario» cualquier sueño de volver al artesanado o a otros modos de producción precapitalistas. Además, los aspectos esenciales de la construcción teórica marxiana encajaban perfectamente dentro de la civilización occidental novecentista, basada en la fe en el progreso continuo de la humanidad mediante la ciencia, la técnica y el trabajo¹. Sin embargo, el anti-industrialismo supone la negación abstracta de la civilización industrial en su conjunto, normalmente a través de formulaciones poco sistemáticas desarrolladas fuera del ámbito de la economía. Con carácter general, el anti-industrialismo ha tendido a unir el anti-maquinismo a una concepción ruralista y anti-urbana, y a una visión crítica de la competencia y de la economía de libre mercado, a menudo mirando al pasado —especialmente a la Edad Media— en busca de modelos alternativos y desde una consideración preeminente de los aspectos morales.

En España, pese al relativo retraso y menor intensidad del proceso industrializador, que hicieron que los cambios socioeconómicos de la era industrial no se dejaran sentir con el mismo dramatismo que en otros países, el anti-industrialismo también tuvo su reflejo. Este trabajo pretende analizarlo globalmente hasta el comienzo de la Guerra Civil. En la siguiente sección se plantean los antecedentes y el contexto en el que surgieron las corrientes intelectuales anti-industrialistas en el último tercio del siglo XIX español. A continuación, se examinan dichas corrientes, de carácter muy dispar: por un lado, el catolicismo social; por otro, el anti-industrialismo *fin de siècle*, influido por la difusión de las ideas románticas de

* Agradecemos a los evaluadores anónimos sus atinados comentarios.

¹ Löwy, Michael: «La crítica marxista de la modernidad», *Ecología Política*, 1 (1990), p. 88.

Ruskin y Morris; y finalmente, el naturismo libertario, en cuyos orígenes cabría situar al movimiento francés *naturien*. Es importante subrayar que sólo se pretende ofrecer una panorámica general del anti-industrialismo en España, no estudiar a fondo cada una de estas corrientes.

Antecedentes y contexto del anti-industrialismo en España

Desde mediados del siglo XVIII hasta comienzos del XIX los economistas debatieron ampliamente sobre las relaciones entre agricultura y manufactura y sobre el peso relativo de cada uno de dichos sectores en la economía. Así, todavía durante las primeras décadas del siglo XIX convivía en España un agrarismo poblacionista (representado por autores como Franco Salazar, Flórez Estrada o Canga Argüelles) con un abierto entusiasmo industrialista —por parte de escritores como Jaumeandreu, Espinosa de los Monteros, o el Marqués de Valle Santoro—². Pero eso no quiere decir que los agraristas tuvieran actitudes contrarias al desarrollo de la industria. Del mismo modo que tampoco se pueden calificar de anti-industrialistas los recelos frente a las incipientes actividades industriales que —ya en la segunda mitad del XVIII— habían mostrado algunos autores franceses tales como Quesnay, Mirabeu o Turgot, e incluso el mismo Adam Smith, que se refería a los nuevos productos de la industria como «chucherías y baratijas»³.

En España, cabría pensar que las primeras reacciones de rechazo del industrialismo fueron reacciones obreras, de carácter *ludita* —contra las máquinas y las fábricas que las cobijaban—, y cuyos episodios más significativos se produjeron en Cataluña, pionera de la industrialización española, en 1820, 1824, 1835-1836, 1842-1843, y 1853-1854 —con el famoso conflicto de las selfactinas del verano de 1854—⁴. Pero estas reacciones no eran en realidad manifestaciones de una posición ideológica anti-industrialista —de rechazo global del industrialismo o de negación abstracta de la sociedad industrial— sino simples muestras de la resistencia obrera

² ALMENAR, Salvador: «Los primeros economistas clásicos y la industrialización», en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España. Entusiasmos, desencantos y rechazos*, Madrid, Civitas, 1997, pp. 139-166.

³ Véase HIRSCHMAN, Albert O.: *Interés privado, acción pública*, México, FCE, 1986, pp. 55-62; y «La industrialización y sus múltiples descontentos. El oeste, el este y el sur», *Claves de Razón Práctica*, 25 (septiembre 1992), pp. 3-5. Respecto a Smith, en particular, véase LLOMBART, Vicent: «Convicciones agraristas y actitudes industrialistas. Paradojas de la industrialización (de Adam Smith a Jovellanos)», en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España...*, *op. cit.*, pp. 68-71.

⁴ No obstante, hubo también destacados episodios *luditas* fuera de Cataluña, como los de Alcoy durante la década de 1820, o los producidos en el sector tabaquero en ciudades como Valencia, Madrid o Sevilla. Véase CALVO, Ángel: «Del gremio a la industrialización», en M. Silva Suárez, (ed.), *Técnica e Ingeniería en España*, IV: *El Ochocientos: pensamiento, profesiones y sociedad*, Zaragoza, Real Academia de Ingeniería. Institución «Fernando El Católico». Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 400-411. Sobre la reacción antimquinista en general, MUMFORD, Lewis: *Técnica y Civilización*, Madrid, Alianza, 1979 [1934], pp. 307-317.

ante problemas concretos —relativos a la conservación del empleo y las condiciones laborales—⁵.

Con carácter general, a mediados del siglo XIX dominaba en España el optimismo liberal que ligaba el avance del librecambio a la difusión de la industrialización, asociando incluso ambos procesos al progreso moral y político. Así, las exposiciones internacionales de la industria —comenzando con la de Londres de 1851— parecían la mismísima encarnación material de la idea de «progreso»⁶. Y dado el evidente atraso técnico e industrial español que en ellas se ponía de manifiesto, publicistas, ingenieros y economistas intentaron crear un clima cultural e ideológico favorable a la industrialización —de abierta exaltación de la industria— para ayudar a revertir dicha situación⁷.

Poco a poco, sin embargo, se iría extendiendo en España la percepción de que la industrialización no traía automáticamente el progreso material y moral de la clase obrera, y que incluso estaba en el origen de la miseria urbana y la degradación moral de las clases trabajadoras, las cuales constituían una fuente de conflictividad social. Es decir, empezó a forjarse la preocupación por la condición social, moral y económica de la clase obrera, la llamada «cuestión social», que a la postre llevaría

⁵ En el mismo sentido, tampoco cabe entender como anti-industrialistas las movilizaciones obreras contra la contaminación industrial intentando salvaguardar la salud. Por ejemplo, las protestas de los trabajadores en 1888 contra la contaminación sulfurosa provocada por las «teleras» de calcinación de la Río-Tinto Company, que se saldaron trágicamente con 13 muertos según las fuentes oficiales. Véase PÉREZ CEBADA, Juan Diego: «Historia de la contaminación minera en España —med. S. XIX-med. S. XX—», *Boletín Geológico y Minero*, 119, 3 (2008), p. 385.

⁶ BURY, John: *La idea de progreso*, Madrid, Alianza, 1971, pp. 290-297; COSTAS, Antón: «El librecambio, la industrialización y sus desencantos: argumentos a favor del proteccionismo en la segunda mitad del siglo XIX», en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España...*, op. cit., pp. 208-211. Este último autor pone como ejemplos de la aludida visión optimista el informe de Figuerola sobre la citada exposición de 1851 o muchos de los artículos aparecidos en *El Economista* y la *Tribuna Economista*, altavoces de la escuela economista.

⁷ Véase, por ejemplo, la apología de la máquina, la industria y el progreso en revistas como la *Gaceta Industrial* —que ha estudiado PRETEL O'SULLIVAN, David: «Invención, nacionalismo y progreso: el discurso tecnológico de las clases industriales en la España decimonónica», *Empiria*, 18 (2009), pp. 59-83— o la *Revista de Obras Públicas* —que ha estudiado MARTYKÁNOVÁ, Darina: «Por los caminos del progreso: el universo ideológico de los ingenieros de caminos españoles a través de la *Revista de Obras Públicas*», *Ayer*, 68, 4 (2007), pp. 193-219—. La tesis de GERSCHENKRON, Alexander: *Atraso económico e industrialización*, Barcelona, Ariel, 1970 [1952], pp. 36 y 40, era precisamente que —en especial en los países más atrasados— era necesario crear un clima ideológico marcadamente favorable a la industrialización, o «un *New Deal* emocional», para superar los obstáculos opuestos al crecimiento industrial. En Francia ese papel lo desempeñó el pensamiento saint-simoniano, véase POLLARD, Sidney: *The idea of Progress*, Londres, Penguin Books, 1971, pp. 104-150. Sin embargo, en España éste tuvo sólo una muy limitada y fugaz expresión, entre 1835 y 1849, en los artículos que publicaron en la prensa liberal de Barcelona y Madrid dos militares liberales exilados, José Andreu Fontcuberta (1800-1845?) y Francisco Díaz Morales (1792-1850). Véase MALUQUER, Jordi: «Socialismo, internacionalismo y democracia», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol. v: Las críticas a la economía clásica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, 2001, pp. 665-668.

a planteamientos de reforma social y de cuestionamiento del individualismo extremo, buscando una mejor articulación de los intereses sociales: de un lado, los krausistas, como Azcárate o Álvarez Buylla, y de otro, los autores conservadores de orientación católica, como Sanz Escartín⁸. Aunque este tipo de planteamientos reformistas no eran en sí mismos anti-industrialistas, en el ámbito del llamado primer catolicismo social español (1870-1914) sí es posible identificar ciertos sesgos anti-industrialistas —si bien muy matizados— que luego tendrían continuidad durante todo el primer tercio del siglo xx.

Otra línea destacada del anti-industrialismo español se desarrolla a finales del siglo xix y principios del xx bajo la influencia de John Ruskin y William Morris, cuyas ideas empezaban a gozar entonces de una notable difusión en Europa. Era precisamente la época de la llamada crisis de *fin de siècle*, dominada por el pesimismo nietzscheano, que se traduciría en claros síntomas de insatisfacción y desencanto en los círculos literarios y artísticos europeos frente a los valores pragmáticos y utilitarios de la sociedad burguesa del gran capitalismo, poniendo en tela de juicio del cientifismo, el positivismo, el materialismo, y la idea misma de progreso⁹. En España, el anti-industrialismo *fin de siècle* se concretó especialmente en el Modernismo catalán y en la obra de autores como Cebrià de Montoliu o intelectuales del 98 como Unamuno y Azorín, entre otros. Pero también encontrarán su reflejo en nuestro país diversas reacciones frente a la civilización industrial que se dieron asimismo en toda Europa, tales como el medievalismo, la revalorización del mundo rural y de las formas de vida tradicionales, el cuestionamiento de la ciudad moderna, la nueva sensibilidad hacia la naturaleza, o el renacimiento de las artes manuales y los oficios artísticos —que a su vez reflejaba el sueño de una vuelta al sistema artesanal y a ciertos ideales culturales y estéticos—.

Finalmente, cabe identificar el naturismo libertario o anarco-naturismo ibérico como una tercera corriente anti-industrialista, que vivió su apogeo en los años veinte y treinta. Sus orígenes estarían en el movimiento francés *naturien*, absolutamente contrario al progreso, la ciencia y la civilización tecnológica e industrial, que nace también a finales del siglo xix en la Francia del positivismo científico, y cuyos principales representantes —Emile Gravelle (1855-1920), Henri Zisly (1872-1945) y Henri Beaulieu (1870-1944)— procedían del anarquismo¹⁰. En

⁸ COSTAS, Antón: «El librecambio, la...», *op. cit.*, pp. 217-218; PERDICES, Luis, y REEDER, John: *Diccionario de Pensamiento Económico en España (1500-2000)*, Madrid, Síntesis, 2003, pp. 229-236.

⁹ Véase MAYER, Arno: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 251-272. Esta etapa europea de «crisis de la razón», en la que afloran incertidumbres y contradicciones respecto a un determinado modelo de civilización, va a solaparse en España con el clima regeneracionista y la creciente conciencia colectiva de atraso o fracaso.

¹⁰ Una selección en castellano de textos del movimiento, incluyendo el manifiesto de los *naturien* de 1897 y un estudio preliminar, en ROSELLÓ, Josep María (ed.): *¡Viva la Naturaleza! Escritos libertarios contra*

España se van a traducir algunos de sus textos y se llegará a conocer a algunos de sus autores, aunque no tanto al movimiento en sí. Con todo, el anarco-naturismo español, sin llegar a la radicalidad de los *naturien*, tendrá también un carácter anti-industrialista.

El catolicismo social: gremialismo, críticas a la gran industria y reacción anti-urbana

No le resultó sencillo a la Iglesia aceptar el hecho industrial, y menos aún responder con prontitud a los problemas y conflictos por él provocados. El ideal cristiano —vinculado a la familia y la pequeña comunidad, a un ámbito estable de estrechas relaciones sociales en el pudieran florecer fácilmente valores de fraternidad y ayuda mutua, y a una visión ética de las actividades económicas— era a priori incompatible con el impersonal, conflictivo y cambiante mundo industrial de amplias concentraciones urbanas y grandes fábricas presididas por la maquinaria, en el que además el individualismo, el afán de lucro y la competencia actuaban como motores fundamentales del «ciego» mecanismo de mercado que organizaba la vida económica. Es decir, en principio el modelo social cristiano difícilmente podía pervivir en la sociedad industrial capitalista. En este sentido concreto, cabe hablar de un anti-industrialismo implícito en la posición cristiana de partida.

Sin embargo, con el paso del tiempo se iría percibiendo que la realidad industrial y el mercado eran hechos bien asentados respecto a los que ya no cabía dar completa marcha atrás. Entonces se iría imponiendo paulatinamente el *posibilismo*, esto es, el convencimiento de que era necesario asumir la situación dada y adaptarse a ella, pero intentando rectificarla en alguna medida —a través de reformas desde dentro— para acercarla lo más posible al ideal cristiano, al tiempo que se aspiraba a recuperar capacidad de influencia de la Iglesia en la sociedad.

De la reflexión doctrinal sobre estas cuestiones en la segunda mitad del siglo XIX emergerá el catolicismo social en países como Alemania, Austria, Italia, Bélgica o España —donde la influencia francesa y belga fue fundamental—. El nacimiento de tal corriente de pensamiento, en la que en principio se definieron diversas posiciones ante el nuevo orden industrial-capitalista y la cuestión social¹¹, precedería al surgimiento de la doctrina social cristiana. De hecho, la *Rerum Novarum* (1891) vino a representar en Europa el cenit del citado proceso de reflexión y consenso

la civilización, el progreso y la ciencia (1894-1930), Barcelona, Virus, 2008. Las revistas *L'État Naturel*, *La Nouvelle Humanité* y *Le Naturien* estuvieron entre las más significativas del movimiento.

¹¹ Por ejemplo, la escuela de Angers, conservadora pero muy liberal desde el punto de vista económico, y escuela de Lieja, conservadora y pro-intervencionista. Véase ALMODOVAR, António y TEIXEIRA, Pedro: «The Ascent and Decline of Catholic Economic Thought 1830-1850s», *History of Political Economy*, 40 (2008), pp. 65-74.

entre las distintas escuelas católicas de economía social, dando un gran impulso al catolicismo social internacional¹².

Dentro del *posibilismo* que presidía la famosa encíclica, el objetivo clave del catolicismo social fue combatir la creciente secularización, fenómeno presuntamente ligado al nuevo orden industrial capitalista y al crecimiento de las ideologías obreras revolucionarias. Frente a la supuesta ausencia de moral y justicia del liberalismo económico, y frente a la lucha de clases del marxismo, la Iglesia oponía la salvación como destino final y la caridad como norma de conducta. De lo que se trataba era de intentar en lo posible re-cristianizar la sociedad o recuperar presencia social. En este sentido, cabía distinguir dos campos bien diferentes¹³. En el ámbito rural-agrario, aún no «pervertido», había que preservar la influencia de la Iglesia mediante la acción social en el campo —cooperativismo, cajas rurales, etc.—; mientras que en el ámbito urbano-industrial, que en buena medida se había «perdido», había que volver a ganarse al mundo obrero —por la vía del asociacionismo profesional y sindicalismo—, compitiendo en cierto modo en su mismo terreno con el avance de los movimientos socialista y anarquista.

En España, el eco de la *Rerum Novarum* en los primeros momentos no fue ni espectacular ni fulgurante¹⁴. Pero la citada encíclica representó el verdadero punto de partida, pues el desarrollo del catolicismo social antes de 1891 había sido bastante marginal.

Hubo dos elementos donde se observó con claridad el sesgo anti-industrialista del catolicismo social español. El primero fue el intento de retornar a un sistema más armónico de organización del trabajo y de las relaciones laborales (*pre-industrial*), para lo que se volvió la mirada a los gremios medievales y al ideal de sociedad orgánico-corporativa —aunque con el tiempo, si bien se mantendría dicho ideal, se iría desdibujando el gremialismo inicial hacia un sindicalismo más clásico—.

Así, antes de la *Rerum Novarum*, autores como Rodríguez de Cepeda¹⁵ o el Marqués de Valle-Ameno¹⁶ propugnaron abiertamente una restauración actualizada

¹² MONTERO, Feliciano: *El primer Catolicismo Social y la «Rerum Novarum» en España (1889-1902)*, Madrid, CSIC, 1983; y «El catolicismo social en España, 1890-1936», *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, 17 (2001), pp.115-134.

¹³ ARBOLEYA, Maximiliano: *La misión social del clero*, Oviedo, Imp. Uría Hermanos, 1901, pp. 31-41.

¹⁴ SANZ DE DIEGO, Rafael: «La iglesia española ante el reto de la industrialización», en V. Cárcel Ortí (dir.), *Historia de la Iglesia en España. v. La Iglesia en la España Contemporánea (1898-1875)*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979, p. 621.

¹⁵ RODRÍGUEZ DE CEPEDA, Rafael: *Elementos de Derecho Natural*, I, Valencia, Imprenta Doménech, 1887; y *Las clases conservadoras y la cuestión social*, Madrid, Sociedad Editorial de San Francisco de Sales, 1891.

¹⁶ MARQUÉS DE VALLE-AMENO: «La Iglesia y la industria. Discurso pronunciado en el Primer Congreso

de los gremios como forma de evitar los conflictos sociales. En la misma línea de considerar el modelo medieval de corporaciones mixtas —patronos y obreros— como la expresión máxima del verdadero «espíritu de fraternidad cristiana», se manifestaron los participantes en el II Congreso Católico de Zaragoza (1890), pero subrayando siempre que se trataba de modificar la idea original de los gremios para *adaptarla* a las nuevas necesidades, de forma que se eliminasen aquellas ataduras o intromisiones que pudieran entorpecer el desarrollo industrial¹⁷. Lo importante era restaurar la armonía básica frente a la lucha de clases: la convivencia, el respeto, la asistencia mutua y el aprendizaje, que eran la esencia del ideal gremial, frente al individualismo competitivo, sinónimo de confrontación, rivalidad y lucha.

La *Rerum Novarum* (1891) siguió defendiendo la agremiación mixta de patronos y obreros como base de la armonía laboral, pero dejó la puerta abierta al asociacionismo obrero «puro», lo que dio lugar al debate en el III Congreso Católico de Sevilla (1892). En cualquier caso, como muestran las conclusiones del citado Congreso, aún siguió dominando el concepto de gremio, entendido además más en el sentido de círculo católico —caridad, apoyo mutuo, enseñanza y práctica religiosa— que en el de verdadera asociación profesional¹⁸. Sin embargo, al doblar el siglo se produce una revisión crítica de las asociaciones mixtas en el seno de los círculos, a las que se considera superadas por su ineficacia para enfrentarse con éxito al socialismo —tal como reconoció, entre otros, el propio Padre Vicent, que inicialmente había sido uno de sus principales impulsores—. Empieza entonces a abrirse camino la tendencia sindical pura, como se observa en las Semanas Sociales organizadas por Severino Aznar a partir de 1906¹⁹. Esta línea de apoyar en la industria las «uniones profesionales» de obreros, autónomas respecto a dependencias patronales o eclesiásticas, se consolidó ya plenamente en las Semanas Sociales de Barcelona (1910) y Pamplona (1912). No obstante, el debate sobre círculos, gremios o sindicatos se prolongaría hasta el final del periodo aquí considerado, y el asociacionismo mixto católico llegó a encajar bien en ciertas zonas rurales de Castilla, Navarra y el País Vasco.

El otro elemento anti-industrialista del catolicismo social español fue la postura crítica frente a la «gran industria», creadora de un espacio urbano degradado

Católico Nacional celebrado en Madrid, 1889», en *Discursos acerca de Economía Social*, Zaragoza, Librería Agustín Allué, 1904.

¹⁷ Véase CARBONERO, León: *Crónica del 2º Congreso Católico*, Madrid, Sucursal de Ribadeneyra, 1890.

¹⁸ *Crónica del 3º Congreso Católico Nacional Español, celebrado en Sevilla en 1892*, Sevilla, Tip. El Obrero de Nazaret, 1893, pp. 701-712. Véase también MONTERO, Feliciano: *El primer Catolicismo...*, op. cit., pp. 232-235.

¹⁹ MONTERO, Feliciano: *El primer Catolicismo...*, op. cit., pp. 320-321.

e inmoral. Es decir, la posición anti-urbana existía en la medida en que se hacía referencia a la ciudad industrial —presidida por las fábricas— como sinónimo de aislamiento, desarraigo, pérdida de referencias, deshumanización, secularización, pugna continua, y conflictos nacidos de la pobreza y la desigualdad. De este modo, el trabajador quedaba «indefenso» y «aislado» en «el mar inmenso de las grandes ciudades»²⁰. De ahí la enorme atención que se prestó en los Congresos Católicos, las Semanas Sociales y la *Revista Católica de Cuestiones Sociales* a los problemas de la crisis agraria y el éxodo rural —en términos de posibles causas y soluciones—, así como la clara preferencia mostrada hacia un amenazado mundo campesino donde aún pervivían los valores cristianos tradicionales.

Los inconvenientes de la «gran industria» eran, por un lado, de carácter moral («la aglomeración de obreros en las fábricas, la promiscuidad de sexos en ellas y la relajación del hogar»), y por otro de índole social («la diferencia de posición entre jefes de industria y obreros, la dificultad que encuentran estos para ascender en la jerarquía industrial»)²¹. Además, había una crítica explícita a la competencia que gobernaba el mundo de la gran industria, y que supuestamente conducía a crisis económicas recurrentes de sobreproducción con el consiguiente resultado de paro y caída en salarios. Ello llevaba a su vez al llamado «pauperismo», que —visto como un fenómeno nuevo, ausente en el panorama europeo anterior a la industrialización e inducido por ésta— se iba a convertir en una constante en los textos de los propagandistas católicos²².

Era cierto que la «separación entre el trabajo y el capital» tenía evidentes ventajas, pero también conducía «al antagonismo de clases, [estimulaba] poco el celo y la aplicación en el trabajador y, asemejándole en cierta manera a una mercancía, [favorecía] poco su dignidad personal»²³. Igualmente, la «división del trabajo y el empleo de máquinas» habían llevado a un gran incremento de la productividad, pero a cambio tendían «a dejar de momento paralizados una multitud de brazos»; «a concentrar más y más el capital», aumentando «indefinidamente el número de proletarios» en un clima de confrontación permanente; y «a la relajación de la vida de la familia por el empleo de las mujeres y los niños»²⁴. Así sintetizaba José María Llovera los tópicos sobre el tema de la industrialización y el maquinismo en el pensamiento social-cristiano español, en su muy difundido *Tratado elemental de sociología cristiana*.

²⁰ RODRÍGUEZ DE CEPEDA, Rafael: *Las clases conservadoras...*, *op. cit.*, p. 16.

²¹ RODRÍGUEZ DE CEPEDA, Rafael: *Elementos de Derecho...*, *op. cit.*, I, pp. 244-247.

²² FRAILE, Pedro: *La retórica contra la competencia en España (1875-1975)*, Madrid, Fundación Argentaria, 1998, p. 164.

²³ LLOVERA, José María: *Tratado elemental de sociología cristiana*, Barcelona, Oficina de Trabajo de la Acción Social Popular, 1909, pp. 301-302.

²⁴ *Ibidem*, pp. 303-304.

El anti-industrialismo «fin de siècle»: la influencia romántica de Ruskin y Morris

El anti-industrialismo que aflora en el cambio del siglo XIX al XX debe mucho a Ruskin y Morris. De hecho, las ideas estéticas y sociales de Ruskin —que ligaban el industrialismo a la creación de fealdad y miseria y a una sociedad fragmentada, inhumana y hostil— tuvieron, de forma un tanto tardía, una influencia notable en el ambiente intelectual europeo del *fin de siècle*, que resultaba particularmente propicio a su arraigo.

Ambos autores eran parte de la minoritaria corriente de crítica romántica que se había ido conformando en respuesta al nuevo tipo de sociedad nacido de la Revolución Industrial inglesa. Dicha crítica era radical, alejada por consiguiente de lo que cabía considerar veleidades reformistas, y era al mismo tiempo una condena estética —de rechazo a un mundo sombrío y degradado— y moral —de censura a un sistema materialista basado exclusivamente en el vínculo monetario—. Por tanto, el industrialismo debía considerarse esencialmente como una enfermedad espiritual, frente a la que había que luchar sobre todo por medios tales como el cultivo personal, la actividad artística o la creación de lazos comunitarios, si bien se apelaba asimismo a medidas de contenido más económico como la recuperación de técnicas artesanales o la organización gremial. Por otra parte, la citada crítica romántica —que veía los problemas sociales básicamente como efecto —y no causa— de una alteración en el ámbito de los valores estéticos y morales— se caracterizaba por su marcado carácter antiliberal y contrario a la política parlamentaria y la economía de mercado, así como por su nostalgia de un pasado mejor²⁵.

Fue el ensayista, historiador y filósofo Thomas Carlyle (1795-1881) quien en buena medida encabezó la revuelta contra lo que consideraba el predominio de los valores utilitaristas y la entronización como dioses de la civilización moderna de la Máquina y el Dinero, convertido en único nexo entre los seres humanos²⁶. Condenó además la inmoralidad del mercado y «la ley del más fuerte» consagrada por el *laissez-faire*, y tildó a la economía de «ciencia lúgubre» —al hilo de los reproches a los economistas clásicos por oponerse a la esclavitud—²⁷. También

²⁵ MARTÍNEZ SAHUQUILLO, Irene: «William Morris y la crítica a la sociedad industrial: una síntesis singular de radicalismo romántico y marxismo», *Revista española de investigaciones sociológicas*, 66 (1994), pp. 171-173.

²⁶ CARLYLE, Thomas: *Selected Writings*, editados por Alan Shelston, Hammondsworth, Penguin, 1971, p. 250.

²⁷ La posición de Carlyle frente a la economía, considerándola vulgar, materialista y cruel, tenía precedentes. Edmund Burke (1729-1797) fue contrario a la Revolución Francesa e idealizó el pasado y sus tradiciones, mostrándose partidario de restaurar la idea medieval de la representación corporativa. Él ya había lamentado el fin de la era de los caballeros, que —en su opinión— habían sido sucedidos por sofistas, economistas y calculadores, SPIEGEL, Henry W.: *El desarrollo del pensamiento económico*, Barcelona, Omega, 1973, p. 487. Este resentimiento frente a los economistas sería heredado por Southey, Coleridge

fue quien definió su época como el Apogeo de la Impostura y la Edad Mecánica, popularizando la dicotomía orgánico-mecánico para contraponer la sociedad tradicional a la moderna²⁸. *Past and Present* (1843) sería quizá el libro fundamental del Carlyle crítico con la sociedad industrial.

John Ruskin (1819-1900), ensayista y crítico de arte, tomaría el relevo de su amigo Carlyle, muy influido por sus ideas. Criticó con dureza los degradados paisajes industriales y centros urbanos y la fealdad de la arquitectura industrial, frente a la que impulsó el neogótico. Consideraba que el trabajo, además de instrumento para el necesario sustento, debía permitir el desarrollo de la capacidad creativa del hombre y ser fuente de deleite y reflejo de su naturaleza espiritual. Por ello, veía aberrante la división del trabajo fabril mecanizado, que rebajaba al trabajador a la categoría de una máquina más. Rechazó también de plano el utilitarismo desde una concepción moral de base teológica fundada en ideales de solidaridad y cooperación, a partir de los conceptos de caridad y amor fraterno, y abogó por la reforma moral del hombre para alejarle del egoísmo. En el mismo sentido, defendió una educación que permitiera acceder al disfrute estético. Fue asimismo, como Carlyle, un feroz crítico de la economía clásica y de lo que consideraba su ética de la codicia y su lógica puramente cuantitativa. Así, planteó la redefinición de conceptos económicos básicos, tales como los de valor —«utilidad para la vida»—, producción —cuyo fin debía ser el consumo y no la acumulación—, o riqueza —ligada al concepto de vida, esto es, a la satisfacción de necesidades vitales y a la capacidad de disfrute de los individuos—²⁹. Sus ideas sociales empezaron ya a aparecer diseminadas en sus numerosos escritos sobre arte, pero luego se mostraron más explícitamente en libros como *Unto this Last* (1860), *Munera Pulveris* (1862-1863) o *Sesame and Lilies* (1864-1865)³⁰.

y Carlyle. En concreto, como señala RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos: «Un mito perdurable: la economía como 'ciencia lúgubre'», *Claves de la razón práctica*, 112 (mayo 2001), pp. 62-68, fue Carlyle quien hizo famoso el apelativo «ciencia lúgubre» (*dismal science*) en un artículo publicado anónimamente en 1849 en la *Fraser's Magazine*, donde admitía la esclavitud y abogaba por la utilización del látigo. Al margen de su racismo, Carlyle dio muchas otras muestras de su carácter reaccionario: por ejemplo, celebró el imperialismo y fue contrario al sistema democrático, manteniendo una posición elitista y paternalista frente a los pobres. Notorio antiliberal, estuvo dispuesto incluso a defender algunas doctrinas mercantilistas.

²⁸ CARLYLE, Thomas: *Selected Writings...*, *op. cit.*, pp. 64, 67 y 183. Charles Dickens —que dedicó *Tiempos difíciles* (1854) precisamente a Carlyle— y Charles Kingsley pueden considerarse los principales representantes de la visión crítica del capitalismo industrial en el ámbito de la novela social.

²⁹ RUSKIN, John: *A este último. Cuatro ensayos sobre los principios básicos de la economía política*, Salobreña (Granada), Alhulia, 2002.

³⁰ Véase FAJARDO, Paulino: «Estudio Preliminar», a J. Ruskin, *A este último. Cuatro ensayos sobre los principios básicos de la economía política*, Salobreña (Granada), Alhulia, 2002 [1860], pp. 9-101. Véase también WIENER, Martin J.: *English culture and the decline of the industrial spirit 1850-1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, pp. 31-39.

La corriente crítica culminaría con la obra del diseñador, escritor y artista total William Morris (1834-1896), inspirador del movimiento *Arts & Crafts* y lector ferviente de Carlyle y Ruskin. Adscrito inicialmente a un medievalismo romántico de fuerte componente estético, estuvo vinculado a la Hermandad Prerrafaelista, compartiendo su «odio a la civilización [industrial] moderna» por su carácter hostil a la belleza³¹. Pero lejos de quedarse en simple detractor del progreso, a mediados de la década de 1870 empezó su activismo político, y desde 1883, tras leer *El Capital*, promovió un comunismo *sui generis* que en realidad cabría calificar de anarquismo. Al igual que Ruskin, criticó la producción estandarizada y en masa que acababa con la belleza, calidad y creatividad del trabajo artesanal, y atacó la ciudad industrial —entre otras cosas— por su suciedad y fealdad estética, su ruptura del sentido comunitario, su desconexión con el entorno natural y su crecimiento más allá de la escala humana³². En su novela utópica *News from Nowhere* (1890), que sintetizaba en buena medida su pensamiento, la gente vivía en armonía con el entorno en una especie de comunas igualitarias y autogestionadas, núcleos dispersos a pequeña escala y de cuidado diseño estético que se diluían en la naturaleza sin generar contaminación alguna —al haber desaparecido la industria pesada—³³. Lejos del mundo de abundancia material y alta productividad del trabajo apoyado en la maquinaria, lo que contaba para Morris era la «educación del deseo» y la

³¹ MORRIS, William: *Arte y Sociedad Industrial. Antología de Escritos*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1977, p. 31.

³² RAMOS GOROSTIZA, José Luis: «El descontento frente a la ciudad industrial: reformismo social y «ciudad jardín» en España, 1900-1923», *Revista de Historia Industrial*, 37 (2008), p. 89. La posición contraria a la ciudad industrial (ya presente en la crítica romántica y en el catolicismo social) arraigaría luego con fuerza en la Europa de las décadas de 1920 y 1930. En la Alemania de Weimar algunos de los llamados «revolucionarios conservadores» mostraron su oposición a la ciudad moderna, y luego, a partir de 1933, los nazis desarrollarían la ideología *Blut und Boden* (Sangre y Tierra), donde el sesgo anti-urbano era acusado. En las décadas de 1920 y 1930 se dio en el Reino Unido un movimiento de «vuelta a la tierra» (*back-to-the-land movement*), de carácter claramente anti-industrialista y anti-urbano, compuesto en buena medida por los llamados *New Conservatives* (Rolf Gardiner, Viscount Lymington, Anthony Ludovici, etc.), DIETZ, Bernhard: «Countryside-versus-city in European thought: German and British anti-urbanism between the wars», *European Legacy*, 13, 7 (2008), pp. 801-814. En España, la oposición entre lo rural y lo urbano constituyó un elemento clave de la ideología falangista, como muestran las explícitas citas de los años treinta que sobre esta cuestión recoge VELASCO, Carlos: «El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta», *Agricultura y Sociedad*, 23 (1982), pp. 239-245. Luego, durante el primer franquismo —aunque en la práctica el Nuevo Estado apostó por la industria— dominó formalmente una retórica agrarista y de firme defensa del campo, con llamamientos a una «vuelta a la tierra» e idealizaciones de los valores de la vida campestre en la naturaleza frente a las falsedades y miserias de la ciudad industrial.

³³ MORRIS, William: *News from Nowhere*, Londres, Routledge, 1997 [1890], pp. 57-63. Morris muestra una utópica comunidad orgánica en la que se conjugan algunas virtudes del mundo medieval con la igualdad de una sociedad sin clases. En esto último se diferenciaba claramente de Carlyle, partidario de una sociedad jerárquica organizada con criterios aristocráticos. Véase MANUEL, Frank E. y MANUEL, Fritzie P.: *El pensamiento utópico en el mundo occidental. Vol. III: La utopía revolucionaria y el crepúsculo de las utopías (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 305-324.

satisfacción de verdaderas necesidades, así como la humanización del trabajo y su conversión en acto de creación, anhelo de belleza y fuente de placer. Es decir, había que buscar una vida más plena y armoniosa, rompiendo con la degradación espiritual del orden industrial y la esclavización del hombre a un trabajo mecánico alienante y a unas necesidades creadas³⁴.

En España, la influencia de Ruskin y Morris fue notable en los años del cambio de siglo. Ya desde 1895 las obras de Ruskin fueron repetidamente comentadas en diversas cartas y artículos de Unamuno —quien también se interesó por Carlyle—³⁵. En 1897 apareció la primera traducción española de un libro del autor inglés, *La belleza que vive (A Joy for Ever)*, y desde 1900, al tiempo que se multiplicaban las traducciones de sus trabajos —incluyendo los de contenido más socioeconómico— empezaron a proliferar ampliamente los artículos sobre su vida y su obra, en publicaciones tales como *La España Moderna*, *La Revista Blanca*, *Revista Contemporánea*, *Natura*, *Catalunya*, *Nuestro Tiempo*, o *La Ilustración Artística*³⁶. Evidentemente, las ideas estético-artísticas de Ruskin atrajeron una notable atención, pero también despertó un gran interés la crítica ruskiniana a la civilización industrial, que fue captada en toda su amplitud³⁷. Entre los autores españoles que más se interesaron específicamente por ella, al margen del citado Unamuno, cabe destacar a Joan Maragall, Fernando Araujo,

³⁴ Véase, por ejemplo, MORRIS, William: *Arte y Sociedad...*, *op. cit.*, pp. 81-111 y 147-88; y *News from Nowhere...*, *op. cit.*, pp. 77-84.

³⁵ Carlyle tuvo escaso eco en España. Inicialmente, Unamuno conoció su obra a través del estudio que en 1864 le había dedicado el francés H. Taine. Entre 1899 y 1901 tradujo la *Historia de la Revolución francesa*, en tres volúmenes, para la editorial «La España Moderna» de Lázaro Galdiano, y luego escribió un texto sobre el pensador escocés en la revista del mismo nombre («Maese Pedro. Notas sobre Carlyle», v-1902). Antes, en 1896, había publicado un artículo en *La Época* sobre «Los Héroes», que en 1893 había aparecido parcialmente en castellano a instancias de Leopoldo Alas. Planeó también traducir *Sartor Resartus*, aunque el proyecto no llegó a realizarse. Unamuno estuvo más influido por el estilo que por las ideas de Carlyle, al que citó en varios de sus trabajos, ROBLES, Laureano: «Unamuno traductor de Th. Carlyle», *Daimon: Revista de Filosofía*, 10 (1995), p. 19. En cualquier caso, parece que Unamuno, en sus lecturas de Carlyle, tomó contacto sobre todo con el historiador y filósofo, no con el crítico de la civilización industrial, que no llegó a influir directamente en España.

³⁶ Para un análisis detallado de la influencia de Ruskin en España, LITVAK, Lily: *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*, Madrid, Taurus, 1980, pp. 24-26. En los primeros años del siglo xx se tradujeron *The Seven Lamps of Architecture* (1900), *The Queen's Gardens* (1901), *Sesame and Lilies* (1905 [al catalán]; 1907), *Modern Painters* (1905), *Munera pulveris* (1907), *The Bible of Amiens* (1907), y *Unto this Last* (1908). En 1901, 1903 y 1905 se publicaron asimismo diversas antologías de sus ensayos y conferencias. Por otra parte, basta buscar por «Ruskin» en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional para comprobar la gran cantidad de referencias que se hacen al autor inglés en muy diversas publicaciones periódicas españolas de principios del siglo xx.

³⁷ Como muestra de ello pueden consultarse, por ejemplo, los textos que Fernando Araujo dedicó a Ruskin: ARAUJO, Fernando: «Juan Ruskin», *La España Moderna*, 137 (mayo 1900), pp. 149-153; «Ideas fundamentales de Juan Ruskin», *La España Moderna*, 208 (abril 1906), pp. 173-178; y «Las fuentes de la riqueza, según Ruskin», *La España Moderna*, 238 (octubre 1908), pp. 174-178.

Adolfo Posada y —de forma muy especial— Cebrià de Montoliu. Éste último fue asimismo quien difundió en España las ideas sobre la ciudad jardín de Ebenezer Howard, que en buena medida suponían la culminación de una larga corriente intelectual desarrollada en Inglaterra contra a la ciudad industrial³⁸.

En el caso de las ideas de William Morris, sería también Unamuno quien las defendería en primera instancia en España, en un texto aparecido en 1896 en *La lucha de clases* que respondía a un artículo crítico de Adolfo Buylla sobre «La novela sociológica», publicado ese mismo año en *La España Moderna*. Por otra parte, hay numerosas referencias a Morris y otros autores ingleses, como Rosetti o Burne-Jones, en revistas de arte y pensamiento de finales del siglo XIX y principios del XX, como *L'Avens*, *La Ilustración Ibérica*, *Luz* o *Joventut*. Pero fue en los círculos libertarios donde los textos de Morris tuvieron quizá una acogida más calurosa: así, en 1899 se editó en Buenos Aires una biografía de Morris que luego sería ampliamente comentada en *La Revista Blanca*, en la cual se publicó asimismo por entregas *Se volvieron las tornas* (*The Tables Turned*) en 1901; y en 1903 el socialista Juan José Morato tradujo para la editorial Maucci de Barcelona la novela utópico-anarquista *Noticias de ninguna parte*. Precisamente, al hilo de la traducción francesa de dicha novela en 1904, Pedro González Blanco dedicaría a Morris un artículo de análisis en *Nuestro Tiempo*, y en 1905 aparecería en la *Revista Socialista* la traducción de la reveladora conferencia «Cómo vivimos y cómo podríamos vivir». Posteriormente, aún verían la luz otros tantos trabajos relacionados con Morris³⁹.

Como se ha señalado repetidamente, las ideas de Morris y el movimiento *Arts & Crafts* fueron sin duda una influencia importante en el Modernismo catalán y la renovación de las artes decorativas y el diseño —aunque dicha influencia deba ser matizada—⁴⁰. El *Arts & Crafts* defendía una revalorización del trabajo manual, recuperando las artes y oficios medievales y una organización preindustrial del trabajo a través de gremios corporativos de artistas-artesanos. Su rechazo del maquinismo y del sistema industrial respondía a la creencia de que éstos impedían la individualidad del artista, su libertad creativa y el desarrollo de su personalidad. El objetivo —como en todo el *Art Nouveau* europeo—⁴¹ era integrar el arte y la vida, descubrir todos los elementos del ámbito doméstico susceptibles de tratamiento

³⁸ Véase RAMOS GOROSTIZA, José Luis: «El descontento frente...», *op. cit.*, pp. 85-122.

³⁹ Sobre Morris en España, LITVAK, Lily: *Transformación industrial y...*, *op. cit.*, pp. 26-27.

⁴⁰ Parece que Morris, al igual que Ruskin, no era aún muy conocido en Cataluña en los inicios del Modernismo, en las décadas de 1870 y 1880. Los principios del *Arts & Crafts* sólo fueron explícitamente adoptados por el Modernismo tardío y el *Noucentisme*. Véase CALVERA, Anna: «Acercas de la influencia de William Morris y el movimiento *Arts & Crafts* en Cataluña», *D'Art*, 23 (1997), pp. 231-252.

⁴¹ Aunque en cada país el movimiento recibió un nombre distinto y tuvo sus peculiaridades —por ejemplo, *Jugendstil*, *Sezession*, *Modernismo*, *Stile Liberty* o *Art Nouveau*—, hubo en el fondo una importante base compartida.

artístico. En cualquier caso, lo relevante es que «la oposición entre cultura y civilización [industrial], es decir, entre desarrollo y crecimiento espiritual frente a simple desarrollo material y avance técnico, que había sido el *leitmotiv* de la crítica inglesa a la sociedad industrial, aparece como un componente importante del trasfondo intelectual y político del Modernismo catalán»⁴². En este sentido, tal como mostró Ernest Lluch, también el Modernismo arquitectónico puede considerarse un «grito contra la industrialización» y la estética industrial⁴³.

El renacimiento de los oficios artísticos y la apreciación de lo hecho a mano significaban el enaltecimiento de la belleza, lo singular y lo creativo frente a la vulgaridad impersonal y la falta de contenido humano de los objetos estandarizados y producidos en masa mediante procesos mecanizados. Pero junto a las artes decorativas y la arquitectura, el anti-industrialismo también iba a reflejarse con carácter general en el arte y la literatura⁴⁴. La literatura, en particular, fue un terreno privilegiado para plasmar el rechazo frente a la industrialización, del mismo modo que recogió con viveza las euforias y asombros provocados por el progreso técnico⁴⁵. Así, entrada la segunda mitad del siglo XIX pueden encontrarse ya algunas muestras evidentes de desencanto, tales como las apreciaciones del poeta romántico Bécquer, que en 1864 se lamentaba de la destrucción a manos del progreso de un idealizado mundo pasado⁴⁶, o las novelas de escritores realistas como Pereda, que en *Sotileza* (1885) o *Pedro Sánchez* (1883) asociaba el ferrocarril —para muchos verdadero icono de la modernidad— al final de las sociedades rurales tradicionales, con sus valores, su cultura ancestral y sus paisajes⁴⁷. Un mensaje parecido sobre

⁴² CALVERA, Anna: «Acerca de la...», *op. cit.*, p. 237.

⁴³ LLUCH, Ernest: «La arquitectura catalana modernista contra la industrialización», en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España...*, *op. cit.*, pp. 183-203. En contraposición, hubo encendidas defensas de la belleza industrial vinculada a elementos funcionales, como la del ingeniero vasco ALZOLA, Pablo: *El arte industrial en España*, Bilbao, Imprenta de la Casa de Misericordia, 1892. <http://www.memoriadigitalvasca.es/handle/10357/1433>.

⁴⁴ Para una visión general de la diversidad de manifestaciones anti-industrialistas en el arte y la cultura españoles del cambio de siglo, véase LITVAK, Lily: *Transformación industrial y...*, *op. cit.*, pp. 19-35, 107-113, 143-151 y 181-192.

⁴⁵ Véanse ARA TORRALBA, Juan Carlos: «Asombros, euforias y recelos: consideraciones acerca de la percepción del progreso técnico en la literatura del siglo XIX», en M. Silva Suárez (ed.), *Técnica e Ingeniería...*, *op. cit.*, pp. 428-456; y ORDÓÑEZ, Javier: «Ingenieros, utopía y progreso en la novela española del Ochocientos», en M. Silva Suárez (ed.), *Técnica e Ingeniería...*, *op. cit.*, pp. 467-514.

⁴⁶ ARA TORRALBA, Juan Carlos: «Asombros, euforias y...», *op. cit.*, p. 457.

⁴⁷ GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel: «Trenes en el paisaje (1872-1901): Pérez Galdós, Ortega Munilla, Pardo Bazán, Pereda, Zola, Alas», en D. Villanueva y F. Cabo (eds.), *Paisaje, juego, multilingüismo*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1996, pp. 345-347. Estas ideas se situaban en la línea que había inaugurado, en 1867, *La Arcadia Moderna* de Ventura Ruiz Aguilera. Sobre las variadas visiones del ferrocarril en el arte y la literatura del realismo español véase LITVAK, Lily: *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1991, pp. 181-220. También PONCE, Juan Carlos: *Literatura y ferrocarril en España: aspectos socio-literarios del*

el fin de una idílica Arcadia, pero en referencia al impacto de la minería, puede encontrarse por ejemplo en *La aldea perdida* (1903) de Palacio Valdés: el progreso industrial, sucio, desalmado y feo, acababa disolviendo la pureza de las costumbres rurales y mutilaba la belleza natural de los valles⁴⁸.

En referencia al periodo específico *fin de siècle* de 1895-1905, Lily Litvak ha estudiado en detalle las abundantes manifestaciones de rechazo al industrialismo que aparecen en la obra de autores tan significativos como Unamuno, Baroja, Azorín y Valle-Inclán. Además de subrayar el abismo entre el sistema artesanal y el fabril, destaca el rechazo a un deshumanizado, caótico y artificioso mundo urbano, en paralelo a una nueva sensibilidad hacia la vida rural en la que se quiere ver la expresión del espíritu ancestral de España, la autenticidad, la continuidad histórica, y la pervivencia de valores humanos básicos. Asimismo, hay una vuelta a la naturaleza —que pasa ahora a ocupar un lugar absolutamente fundamental en todas las ramas de la cultura— como forma «de devolver la salud a una sociedad enferma y el misterio a un mundo desencantado» por el avance de la civilización industrial⁴⁹. Y por último, gracias en buena medida a la influencia de los prerrafaelistas ingleses, se da una revitalización general del medievalismo romántico en arquitectura, arte, literatura e incluso filosofía: la Edad Media se percibe en términos idealizados como un periodo vital de armonía, orden, fe y creatividad, en agudo contraste con lo que sucedía en la problemática sociedad industrial dominada por el utilitarismo⁵⁰.

En definitiva, el anti-industrialismo *fin de siècle* —surgido bajo la influencia de las ideas de Ruskin y Morris— fue sobre todo en España, como en otros países europeos, un difuso clima de opinión con múltiples reflejos en el mundo del arte y la cultura, más que un discurso coherente desarrollado con amplitud y profundidad por autores concretos.

ferrocarril en España, Madrid, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 1996.

⁴⁸ Por ejemplo, PALACIO VALDÉS, Armando: *La aldea perdida*, Madrid, Espasa Calpe, 1991 [1903], p. 115. Sobre el reflejo la actividad minera en la literatura, DELMIRO, Benigno: *La voz en el pozo: el trabajo en las minas y su presencia en la literatura*, Madrid, Akal, 1993. El anti-industrialismo que caracterizó los primeros tiempos del nacionalismo vasco (al menos hasta 1898) se basaba en una idea muy cercana a la expresada en estos textos literarios: la industrialización, por los profundos cambios socioeconómicos y culturales que inducía, rompía supuestas tradiciones identitarias ligadas a un mundo esencialmente rural.

⁴⁹ CASADO, Santos: *Naturaleza patria: ciencia y sentimiento de naturaleza en la España del regeneracionismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010, p. 324. En el caso español, al mismo tiempo que —como en el resto de Europa— se daba esta vuelta a la naturaleza en el mundo del arte y la cultura, la base natural y la movilización de sus recursos fueron adoptados por el regeneracionismo como medios esenciales para reconstruir un país que se percibía en acusada decadencia.

⁵⁰ Véase RIERA, Carmen: «Gabriel Miró y el movimiento prerrafaelista», *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, VI-VII (1988), pp. 141-142; y LITVAK, Lily: *Transformación industrial y...*, *op. cit.*, pp. 189-192.

¿Hubo en España un anarquismo anti-industrialista?

Aunque se trata de un movimiento complejo, heterogéneo y difícil de definir, el anarquismo tiende hoy a vincularse intuitivamente al anti-industrialismo, pues se le suele asociar a la idea de pequeñas comunas autogestionadas, incompatibles con las grandes concentraciones urbano-industriales. Además, algunas de las figuras más prominentes del anarquismo, como el anarco-individualista Benjamin Tucker, apoyaron de forma explícita el asentamiento rural descentralizado, y posteriormente la contra-cultura de finales de la década de 1960 reivindicó, a menudo en un sentido anti-industrialista, sus raíces anarquistas, que entendía relacionadas con ideales agrarios y precapitalistas —como el comunitarismo y la autosuficiencia—. Sin embargo, lo cierto es que el rechazo a la ciudad y al progreso no es necesariamente inherente al ideal de la comuna, y que además el movimiento anarquista iría adquiriendo un creciente carácter urbano hacia finales del siglo XIX⁵¹.

En el caso español, los anarquistas —que no llegaron a elaborar una crítica original del capitalismo—⁵² no se mostraron en principio contrarios al industrialismo en sí. Al revés, a finales del siglo XIX hicieron gala de un claro entusiasmo por los adelantos mecánicos: así, la fe inquebrantable en la ciencia y el progreso fue común a la mayor parte de la literatura anarquista española de la Restauración. La ciencia debía ser tanto fundamento de la crítica social como guía para construir la sociedad libertaria⁵³. En correspondencia con ello, había una firme creencia en la bondad de los avances científicos y técnicos, que daba lugar a exaltados cantos a los espectaculares adelantos tecnológicos y a su capacidad para influir favorablemente en las condiciones de vida humana: además de conducir a la abundancia material, tales adelantos debían servir para liberar al hombre de la brutalidad del trabajo físico y contribuir a una más justa organización del trabajo y de las relaciones sociales⁵⁴.

⁵¹ BRAMWELL, Anne: *Ecology in the 20th Century: A History*, New Haven, Yale University Press, 1989, pp. 94 y 96.

⁵² «Las más de las veces su planteamiento de la cuestión social no rebasaba los límites de lo ético-sentimental, y los más científicos de sus análisis son adaptaciones, más o menos fieles, de las tesis de Marx», ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 174. Por otra parte, como señalan ALMENAR, Salvador y PANIAGUA, Xavier: «Las ideas económicas del anarquismo español: un esquema», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas...*, op. cit., p. 611, las ideas económicas fueron un aspecto parcial y secundario dentro de las doctrinas anarquistas, y se prestó poca atención «a la comprensión de la economía capitalista o a la formulación detallada de una organización económica alternativa».

⁵³ ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política...*, op. cit., pp. 78 y 179.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 104-105 y 111. Entre los textos de exaltación de la máquina y el progreso técnico destaca sin duda el de LLURIA, Enrique: *La máquina a favor de la humanidad según las leyes naturales*, Madrid, Gráficas Socialistas, 1933 [1906]. Lluria intentaba demostrar que la máquina no sólo era amiga y aliada del obrero, sino «redentora de todo el género humano» (p. 6): «Todo progreso de la máquina es un beneficio para el hombre [...] [porque] mientras más y mejor sustituya la máquina al hombre, más se elevará el nivel intelectual de éste» (p. 16). Esta fe ciega en las hazañas del progreso técnico, así como en su capacidad

Por otra parte, el anarquismo arraigó en España «en medios sociales tan absolutamente dispares como la campiña gaditana o la urbe barcelonesa», pero ésta última —prototipo de ciudad industrial europea— fue de hecho «el centro más permanente y masivo de la militancia libertaria»⁵⁵. En lo doctrinal, la conexión entre anarquismo y agrarismo tampoco está clara: los elogios fisiocráticos a la agricultura convivieron siempre con multitud de cantos al progreso y a la capacidad liberadora de las máquinas, y además «no hay en toda la historia del movimiento un verdadero programa de reivindicaciones agrarias»⁵⁶. Es cierto que en las primeras décadas del siglo xx se fue imponiendo poco a poco una versión del anarco-comunismo que potenciaba la agricultura y el espacio rural como lugar fundamental y prioritario para la nueva organización social, siendo Federico Urales (Joan Montseny), desde las páginas de *La Revista Blanca*, el principal ideólogo en los años veinte y treinta de este modelo «comunalista» y agrarista que seguía la línea marcada por Kropotkin en *Campos, fábricas y talleres* (1899)⁵⁷. Sin embargo, dicho modelo —que sería luego puesto en discusión por otras propuestas alternativas al llegar la Segunda República— estaba lejos de significar una posición globalmente anti-industrialista⁵⁸.

Hubo sin embargo una corriente específica dentro del anarquismo español, el anarco-naturismo, que sí cabe considerar anti-industrialista, tanto por el significado mismo de su componente puramente naturista, como por contar con el referente de algunos autores del movimiento *naturien* francés.

El naturismo —que nace a finales del siglo xix— conoció un gran auge en la España del primer tercio del siglo xx, adquiriendo un carácter cada vez más popular a partir de la década de 1910, con un número creciente de revistas y asociaciones. En términos genéricos, pretendía una existencia en equilibrio con la naturaleza y respetuosa con el medio, una vida de moderación y pureza que aprovecharse las virtudes salutíferas del sol, el agua y el aire. Esta búsqueda de los beneficios psíquicos y físicos derivados del contacto directo con la naturaleza suponía una

para transformar las condiciones materiales de la vida humana y alterar radicalmente el planteamiento del problema político-social, es también muy clara en otros teóricos importantes, tales como Ricardo Mella o Anselmo Lorenzo. Véase ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política...*, *op. cit.*, pp. 68 y 75. Véase también LITVAK, Lily: *España 1900: Modernismo, Anarquismo y Fin de Siglo*, Barcelona, Antrophos, 1990.

⁵⁵ ÁLVAREZ JUNCO, José: «El anarquismo en la España contemporánea», *Anales de Historia Contemporánea*, 5 (1986), pp. 197-198.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 198.

⁵⁷ ALMENAR, Salvador y PANIAGUA, Xavier: «Las ideas económicas...», *op. cit.*, p. 619.

⁵⁸ Se proponía una sociedad libertaria de «municipios libres» entre los que se producirían intercambios en especie, así como la descentralización de las grandes ciudades y un mayor equilibrio entre actividades agrarias e industriales —para potenciar el autoabastecimiento de las poblaciones—. Véase PANIAGUA, Xavier: *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español 1930-1939*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 30-46 y 83-96.

denuncia implícita del modo de vida impuesto por el capitalismo industrial y sus aglomeraciones urbanas, que habiendo roto dicho contacto, llevaba a menudo al hacinamiento, los ambientes ruidosos e insalubres, las prisas, la mala alimentación o la realización de frecuentes actividades fabriles de carácter nocivo. Es decir, el naturismo podía considerarse en sí mismo una reacción frente al industrialismo o falso progreso, que nos habría apartado del orden natural al crear un tipo de vida artificial —o artificialismo— que originaba la degeneración de la especie humana y el expolio de la naturaleza. De ahí la necesidad de retornar a la armonía con el orden natural, centrando la atención en la regeneración del individuo⁵⁹.

No obstante, en el heterogéneo movimiento naturista español, que siempre adoleció de unidad de acción y cohesión organizativa, convivieron dos tendencias —aunque no completamente separadas—: una de orientación esencialmente médico-higiénica y otra de más clara orientación socio-política. En esta última se situó precisamente la corriente anarco-naturista, que no consideraba que la filosofía naturista fuese realizable dentro del capitalismo: era preciso un cambio social, pues no era posible la armonía con la naturaleza si previamente no existía entre los seres humanos⁶⁰. Es decir, para el naturismo libertario no se trataba simplemente de apartarse de la sociedad convencional creando colonias experimentales para intentar vivir en armonía con las leyes naturales —experimentos que por otra parte tuvieron poco éxito en los años veinte y treinta—, sino que además había que promover la transformación social, llevando a cabo una «militancia en activa lucha contra el orden antinatural impuesto por el poder»⁶¹.

En principio, anarquismo y naturismo compartían principios básicos —la existencia de un orden natural del que nos alejaba el artificialismo, y la necesidad de retornar a dicho orden partiendo del individuo—. Sin embargo, el naturismo fue sólo *una* de las formas dentro del anarquismo español —y no la más extendida— de interpretar el retorno a la sociedad natural. Del mismo modo, no hay que caer en falsas asociaciones: así, por ejemplo, la austeridad y el puritanismo moral de los primeros anarquistas españoles de la segunda mitad del XIX —no beber alcohol,

⁵⁹ ROSELLÓ, Josep María: *La vuelta a la naturaleza: el pensamiento naturista hispano (1890-2000)*, Barcelona, Virus, 2003, pp. 25-31. Entre los caminos de regeneración estaban el vegetarianismo trascendente (que consideraba este tipo de alimentación no sólo propio de la especie humana, sino ligado a cualidades morales como la bondad o la solidaridad) y la desnudez física (que, al margen de razones estéticas, sanitarias e incluso morales, pretendía abrir el camino a la fraternidad universal, al eliminar prejuicios y roles sociales que levantaban barreras interpersonales).

⁶⁰ El vegetarianismo naturista, la trofología, el vegetarianismo social y la libre-cultura fueron —junto al naturismo libertario— las otras corrientes históricas del naturismo ibérico. Las dos primeras fueron las más extendidas; se centraban básicamente en aspectos bio-terapéuticos, tenían un sesgo comercial, y sus planteamientos eran más conservadores, saldándose con referencias a una vida rural en sencillez. Para un análisis en detalle, ROSELLÓ, Josep María: *La vuelta a...*, *op. cit.*, pp. 35-135.

⁶¹ CASADO, Santos: *Naturaleza patria: ciencia...*, *op. cit.*, p. 289.

no comer carne, o no jugar a las cartas con dinero— no tenían su origen en el naturismo libertario, como tampoco lo tenían la defensa del neomaltusianismo y la procreación consciente —que gozaron de un importante arraigo en el anarquismo ibérico— o el apoyo en los años treinta a un urbanismo orgánico contrario a las grandes concentraciones metropolitanas en continua expansión. Por otra parte, entre los anarquistas no naturistas algunos no se opusieron al naturismo, pero otros lo consideraron una dispersión de fuerzas y un elemento retardatario del objetivo de la revolución social⁶².

Según señala Roselló, que ha estudiado a fondo el pensamiento naturista hispano, dentro del mismo naturismo libertario hubo diferentes perspectivas⁶³. Hubo quien —como Antonia Maymón (1881-1959), Albano Rosell (1888-1964) o Adrián del Valle (1872-?)— consideró que naturismo y anarquismo eran simplemente dos puertas que daban al mismo lugar —el ideal de un orden natural sin jerarquías ni injusticias—. Otros —como Isaac Puente (1896-1936)— consideraban que los planteamientos del naturismo y del anarquismo eran distintos, pero perfectamente compatibles y necesariamente complementarios —pues el naturismo se ocupaba del aspecto biológico de la persona y el anarquismo del social—. Por último, los individualistas —como el colectivo de la revista barcelonesa *Iniciales* (1929-1937)— creían que el naturismo era un camino hacia la perfección humana en el que había que priorizar al individuo por delante de grupos u organizaciones.

Los orígenes del naturismo libertario habría que buscarlos en el movimiento *naturien* francés al que ya se hizo referencia en la segunda sección, y que se mostraba radicalmente anticientífico y contrario a la civilización industrial. En España se publicaron en *La Revista Blanca* tempranas traducciones de algunos trabajos de miembros destacados de dicho movimiento, como «Hacia la conquista del estado natural» (1902) de Zisly, «Doctrina naturista» (1903) de Gravelle, y «El hombre y la naturaleza» (1903) de Marné. Además, parece que Albano Rosell, una de las figuras más destacadas del naturismo libertario ibérico, mantuvo amistad con Zisly y Gravelle, y citó a ambos en su obra *Naturismo en Acción* (1922) por ser los primeros en introducir el aspecto social en el naturismo y por su influencia en el anarco-naturismo español. Posteriormente, revistas naturistas como *Helios* (1916-1939) o *Naturismo* (1920-1934) recogerían también noticias y textos de autores como Zisly o Le Fèvre⁶⁴.

⁶² ROSELLÓ, Josep María: *La vuelta a...*, *op. cit.*, pp.143-145 y 168-171. Sobre la cuestión del urbanismo orgánico y el neomaltusianismo en el anarquismo ibérico, MASJUAN, Eduard: *La ecología humana en el anarquismo ibérico: urbanismo «orgánico», neomalthusianismo y naturismo social*, Barcelona, Icaria, 2002, pp. 161-187 y 213-427.

⁶³ ROSELLÓ, Josep María: *La vuelta a...*, *op. cit.*, pp. 145-168.

⁶⁴ MASJUAN, Eduard: *La ecología humana...*, *op. cit.*, pp. 433-434; ROSELLÓ, Josep María (ed.): *¡Viva la Naturaleza...*, *op. cit.*, p. 18.

La postura radical de los *naturien* de crítica a la ciencia, la tecnología y la idea de progreso queda bien sintetizada en los artículos de Zisly y Gravelle⁶⁵ a los que se acaba de aludir. En un tono vehemente, estos autores atribuían directamente al industrialismo graves problemas de contaminación y degradación general de la naturaleza, así como la nocividad de muchos de los ambientes y trabajos fabriles y la tendencia hacia una alimentación artificial y adulterada. Asimismo, se referían a la inmensa cantidad de necesidades creadas más allá de los requerimientos básicos, concluyendo —por tanto— que las actividades industriales eran globalmente innecesarias e iban contra el bienestar humano. Por otra parte, denunciaban las instituciones capitalistas —que habían llevado a la usurpación de bienes de la naturaleza esenciales para la subsistencia— como contrarias a la independencia física y moral del individuo. Y terminaban reivindicando la vuelta a un orden abstracto de naturaleza integral —concebido como algo cuasi-providencial— en el que regiría una suerte de comunismo primitivo⁶⁶.

Sin llegar al extremismo de los *naturien*, parece claro que en el anarco-naturismo español hubo también una posición de rechazo global de la civilización industrial —incluyendo la gran urbe moderna y el capitalismo de mercado—, rechazo que nacía de la conjugación —de uno u otro modo— de los principios básicos del ideario libertario⁶⁷ con los principios naturistas de una vida en armonía con la naturaleza. En cualquier caso, como se ha dicho, hubo diversas interpretaciones sobre la manera de realizar dicha conjugación: es decir, no cabe identificar una

⁶⁵ ZISLY, Henri: «Hacia la conquista del estado natural», *La Revista Blanca*, VI, 102 (16-IX-1902), pp. 167-170; GRAVELLE, Henri: «Doctrina naturista», *La Revista Blanca*, VI, 121 (I-VII-1903), pp. 23-27; VI, 122 (15-VII-1903), pp. 59-64.

⁶⁶ A modo de muestra, baste citar algunas frases del texto de ZISLY, Henri: «Hacia la conquista del estado natural», *La Revista Blanca*, VI, 102 (16-IX-1902), pp. 167-168, que pretendía ser un «clamor desesperado» contra a los efectos del industrialismo: «contra el desmonte continuo y devastador de los bosques», «contra los alimentos y bebidas adulterados», «contra el trabajo atrofiador de las fábricas», «contra el aire enrarecido y malsano», «contra las estupideces y los ilogismos creados por la civilización», «contra la ciencia», «contra lo artificial». A continuación afirma: «podemos vivir sin ferrocarriles, sin automóviles, sin telégrafos, sin teléfonos [...] Queremos simplemente el ejercicio de la vida, la naturaleza integral [...] La salud sólo puede lograrse con la abolición de las ciudades». Y concluye: «teniendo sólo necesidades restringidas» podría satisfacerse «en la naturaleza, sin la ayuda de industrias ni comercios cualesquiera», «mientras que hoy son tantas las necesidades creadas [...] que de ahí derivan los numerosos males que asedian y rigen actualmente la humanidad: Ciencia, Maquinaria, Religión, Parlamento, Ejército, etc.». En definitiva, «la Civilización es el Mal y la Naturaleza el Bien» (p. 169). Los *naturien* serían predecesores lejanos de los actuales anarco-primitivistas, que se sitúan dentro del ecologismo radical.

⁶⁷ Por ejemplo, la reivindicación de la libertad individual en una sociedad sin autoridad o jerarquía y con el consiguiente rechazo de cualquier tipo de sujeción; la consideración de que instituciones como la propiedad privada de los medios de producción o el Estado cercenaban la libertad y servían para que unos pocos hombres explotasen y corrompiesen a otros; o la idea de armonía natural en las relaciones interpersonales cuando éstas están basadas en la libertad, y la visión del hombre como un ser social que encontraba su verdadera realización en la cooperación voluntaria y espontánea con los demás.

postura común respecto a la forma de entender el naturismo libertario, ni éste se apoyó por tanto en una base filosófica compartida y bien desarrollada⁶⁸.

Conclusión

Hacia finales de la década de 1960 se produjo un cierto rebrote del anti-industrialismo vinculado a la llamada *New Left*, el auge de la contracultura y la creciente preocupación ambiental. Se recuperaron entonces muchos argumentos que se habían desarrollado tiempo atrás: las corrientes anti-industrialistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, con sus componentes anti-urbano, anti-maquinista y anti-mercado, defendieron la negación abstracta de la civilización industrial más allá de simples recelos o puntuales actitudes reformistas. Se trató por tanto de reacciones sustanciales frente a las profundas transformaciones que había conllevado la progresiva difusión de la industrialización por Europa. Su carácter fue en todo caso minoritario y se situaron fuera del ámbito estrictamente económico, basando en buena medida sus argumentaciones en razones de tipo moral.

España, pese a experimentar un proceso industrializador más modesto que otros países, y por tanto asociado a cambios menos dramáticos, no fue una excepción en cuanto a la presencia de corrientes anti-industrialistas.

En primer lugar, la Iglesia hubo de aceptar a regañadientes el nuevo mundo industrial que poco a poco se imponía en toda Europa. El impersonal, conflictivo y cambiante mundo industrial, de grandes fábricas y amplias concentraciones urbanas, era en principio difícilmente compatible con el ideal cristiano; no obstante, a la vista de que la realidad industrial y el mercado eran hechos bien asentados respecto de los que ya no cabía dar completa marcha atrás, se acabó asumiendo la situación dada, optando por promover vías que permitieran a la Iglesia recuperar influencia perdida. En España, el catolicismo social mostró un sesgo anti-industrialista en dos aspectos: el intento de restablecer un sistema de organización del trabajo y de las relaciones laborales más armónico —volviendo la vista hacia los gremios medievales—, y la visión negativa del ámbito urbano-industrial, que se tradujo en una especial atención a la crisis agraria y la emigración campo-ciudad —problemas que ponían en peligro el mundo rural donde aún pervivían los valores cristianos tradicionales—. En cualquier caso, lo que se observa es una gran gama de matices en las opiniones, pues el catolicismo social fue heterogéneo en sus opiniones sobre la industrialización y el liberalismo político, distinguiéndose una línea más integrista de otra más liberal y posibilista.

En segundo lugar, como ocurrió en el resto de Europa en el favorable ambiente *fin de siècle*, hubo una notable difusión en España de las ideas románticas de

⁶⁸ Albano Rosell fue uno de los autores que más se preocupó por intentar desarrollar las bases del naturismo libertario, véase MASJUAN, Eduard: *La ecología humana...*, op. cit., pp. 443-446.

Ruskin y Morris que dio lugar a diversas manifestaciones anti-industrialistas en el mundo de las letras y del arte —particularmente en las obras literarias de ese periodo de algunos autores del 98 y en las artes decorativas y la arquitectura vinculadas al modernismo catalán—. El medievalismo, la revalorización del trabajo manual, la reivindicación del mundo rural y de las formas de vida tradicionales, el cuestionamiento de la ciudad moderna, o la nueva sensibilidad hacia la naturaleza, fueron muestras de un cierto clima de opinión anti-industrialista en el ámbito de la cultura, pero no se llegó a desarrollar un discurso amplio y coherente en este sentido por parte de autores concretos.

Por último, en tercer lugar, es posible identificar una tercera tendencia anti-industrialista en el naturismo libertario ibérico. En general, el anarquismo español —que no debe vincularse en exclusiva a posiciones agraristas— se mostró durante la Restauración partidario entusiasta de la ciencia, el progreso y los adelantos técnicos, y por tanto estuvo lejos de ser contrario al industrialismo. Sin embargo, dentro del anarquismo hubo una corriente específica, el anarco-naturismo o naturismo libertario, que arraigó sobre todo a partir de la década de 1910 y que sí cabe considerar de signo anti-industrialista —y ello a pesar de que no tuvo una base filosófica compartida y bien desarrollada, pues hubo distintas formas de entender el cruce entre naturismo y anarquismo—. El sesgo anti-industrialista vendría en este caso por una doble vía. Por un lado, por la influencia inicial del movimiento *naturien* francés de finales del siglo XIX, absolutamente contrario al progreso, la ciencia y la civilización tecnológica e industrial. Por otro, por el hecho de que ya el propio naturismo, que defendía una existencia en armonía con la naturaleza, suponía una denuncia implícita del modo de vida impuesto por el capitalismo urbano-industrial y de su carácter destructor del entorno natural.